

Entendimiento (2)

El don de entendimiento ilustra en el conocimiento de la fe, abriendo el sentido de la Escritura sagrada y permitiendo contemplar en su armoniosa belleza el cuadro de conjunto de la revelación. Se consigue, más bien que por un proceso discursivo, por una especie de intuición, de una simple aprehensión de los misterios, en virtud de la cual se percibe la concordia existente entre los dogmas y se profundiza en su conocimiento. San Francisco, el “hombre evangélico”, poseía este don como algo connatural. Sobre su conocimiento de las divinas letras nos hablan claro muchos pasajes, que manifiestan lo que en su interior encerraba. Uno de ellos dice así: “*son matados por la letra los religiosos que no quieren seguir el espíritu de las divinas letras, sino prefieren saber sólo las palabras e interpretarlas para los otros. Y son vivificados por las divinas letras quienes no atribuyen al cuerpo toda la letra que saben y desean saber, sino que con las palabras y el ejemplo se la restituyen al Señor Dios de quien es todo bien*” (Adm 7).

El don de entendimiento nos hace penetrar en las verdades divinas, propuestas por la fe, mediante una luz que nos comunica el Espíritu Santo. Lo podemos definir como “un hábito sobrenatural infundido con la gracia santificante por el cual la inteligencia del hombre, bajo la acción iluminadora del Espíritu Santo, se hace apta para una intuición penetrante de las verdades reveladas especulativas y prácticas y hasta de las naturales en orden al fin sobrenatural”.

Es un hábito, como todos los dones, que poseen todas las almas en gracia de Dios, y crecen todos a la vez conjuntamente con ella. Este don perfecciona el entendimiento especulativo, transformado previamente por la Fe, para recibir las mociones del Espíritu Santo en orden a la profundización de esta Fe.

La virtud de la Fe proporciona al entendimiento creado un conocimiento de las verdades sobrenaturales de una manera imperfecta, al modo humano, mientras que **el don de entendimiento o inteligencia, lo hace apto para la penetración profunda e intuitiva (modo sobrehumano, supraracional) de estas verdades**. Es la contemplación infusa, que consiste en una simple y profunda intuición de la verdad. El juicio sobre estas verdades corresponde a los otros dones intelectivos: en cuanto a las cosas divinas, corresponde a la **Sabiduría**; en cuanto a las creadas, al don de **Ciencia**, en cuanto a la aplicación a las obras singulares, al don de **Consejo**.

En la escritura

El Antiguo Testamento no tiene ninguna referencia explícita a este don; lo supone, pero no se detiene a describirlo.

Pero podemos ver en él, cómo Dios se ha inclinado como un Padre sobre su pueblo para guiarlo e instruirlo. Los grandes personajes del AT se vuelven incesantemente a Yahvé por la oración para pedirle que les conduzca en las horas difíciles. José reconoce que es Dios el que le da la interpretación de los sueños (Gn 40,8); Moisés implora de Dios las directrices para encaminar a los Hebreos hacia la Tierra prometida “*Dame a conocer tus voces*” (Ex 33,13); el salmista pide la inteligencia de la Ley: “*Instrúyeme, ¡Oh Yahvé!, en el camino de tus mandatos, para que del todo los cumpla. Dame entendimiento para que guarde tu Ley y la cumpla con todo el corazón. La explicación de tus palabras ilumina y da inteligencia a los rudos. Abro mi boca y suspiro por el deseo de tus mandamientos. Muestra tu serena faz a tu siervo y enséñame tus preceptos.*” (Sal 119).

En el Nuevo Testamento Jesús exhorta frecuentemente a utilizar la inteligencia espiritual, a abrir los ojos, a mirar, a comprender. Una de las funciones del Espíritu Santo, prometido por Jesús en el Evangelio de Juan es iluminar a la Iglesia entera.

“*Pero yo les digo la verdad: Les conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a ustedes el Paráclito; pero si me voy, se los enviaré; y cuando él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio; en lo referente al pecado, porque no creen en mí; en lo referente a la justicia porque me voy al Padre, y ya no me verán; en lo referente al juicio, porque el Príncipe de este mundo está juzgado. Mucho tengo todavía que decirles, pero ahora no pueden con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, los guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y les anunciará lo que ha de venir. El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y se lo anunciará a ustedes. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo mío y se lo anunciará a ustedes*” (Jn 16,7-15).

Cristo mismo abrió la inteligencia a sus discípulos para que comprendiesen la Escritura: *“Después les dijo: «Estas son aquellas palabras mías que les dije cuando todavía estaba con ustedes: "Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí. Y, entonces, **abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras**, y les dijo: «Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. Ustedes son testigos de estas cosas. «Miren, Yo voy a enviar sobre ustedes la Promesa de mi Padre. Por parte de ustedes permanezcan en la ciudad hasta que sean revestidos de poder desde lo alto. Los sacó hasta cerca de Betania y, alzando sus manos, los bendijo (Lc 24,44-50). San Pablo reconoce haber recibido de Dios la inteligencia del misterio de Cristo y su Iglesia (Ef 3,5). Pide la misma gracia a favor de los fieles: *“Que el Dios de Nuestro Señor Jesucristo y Padre de la gloria **les conceda Espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él**, iluminando los ojos de su corazón para **que entiendan** cuál es la esperanza a la que los ha llamado”* (Ef 1,17-18). *“Por esto yo doblo mis rodillas ante el Padre, de quien procede toda familia en los cielos y en la tierra, para que, según los ricos tesoros de su gloria, les conceda ser poderosamente fortalecidos en el hombre interior por su Espíritu, que habite Cristo por la fe en sus corazones y, arraigados y fundados en la caridad, **puedan comprender**, en unión con todos los santos, cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia, para que sean llenos de toda la plenitud de Dios”* (Ef 3, 14-19).*

Jesús dice a los discípulos en el evangelio de Marcos 7,18 *“¿También ustedes están sin entendimiento?”* En Mc 8,17-21, cuando discuten porque tenían un solo pan después de haber participado en la multiplicación de los panes, *“... dándose cuenta dice: ¿Por qué están hablando de que no tienen panes? ¿Aún no comprenden ni entienden? ¿Es que tienen la mente embotada? ¿Teniendo ojos no ven y teniendo oídos no oyen? ¿No se acuerdan de cuando les partí los cinco panes para los cinco mil? ¿Cuántos canastos llenos de sobras recogieron?”* Le dicen: “siete”. Y continuó: *“¿Y todavía no entienden?”*. Jesús invita a usar el don de entendimiento y a penetrar la verdad que es Él mismo.

Necesidad

¿Por qué es necesario el don de entendimiento? Muy sencillo: el conocimiento humano trabaja de modo discursivo, por composición y división, por análisis y síntesis, no intuye directamente la verdad. De este modo de obrar no se escapan las virtudes infusas. Pero como el objeto primario de la Fe es la Verdad primera que se manifiesta, que es simplicísima, el modo complejo de conocerla (a través del razonamiento) no puede ser más inadecuado para conocerla. La fe es un hábito intuitivo no discursivo. Por esto **las verdades de fe no pueden ser captadas en toda su limpieza y perfección más que por el golpe de vista intuitivo y penetrante del don de entendimiento**. O sea cuando la fe se haya liberado de todos los elementos discursivos que la impurifican y se vuelva enteramente contemplativa. Se llega entonces a la **Fe pura**, tan recomendada por san Juan de la Cruz.

¿En qué consiste esta Fe pura? Lo explica P. Crisógono: *“Se entiende por Fe pura la adhesión del entendimiento a la verdad revelada, adhesión fundada únicamente en la autoridad de Dios, que revela. Excluye, pues, todo discurso. **Desde el momento en que entra en juego la razón, desaparece la fe pura**, porque se mezcla con ella un elemento ajeno a su naturaleza. El raciocinio puede preceder y seguir a la fe, pero no puede acompañarla sin desnaturalizarla. Cuanto más haya de discurso, menos hay de adhesión a la verdad por la autoridad de Dios, y, por consiguiente menos hay de fe pura”*. A la fe pura se llega por la contemplación mística que obra el don de entendimiento. Es la prueba de la necesidad de la mística para la perfección cristiana. El don de entendimiento le da a la Fe una seguridad inquebrantable.

¿Cómo funciona?

El don se desarrolla en dos fases; una preliminar que consiste en la aprehensión de las esencias y nociones del mundo sobrenatural y una segunda fase a través de seis pasos para penetrar las verdades de la fe.

Primera fase: la aprehensión de las esencias y de las nociones. El hombre llega a la perfección intelectual paulatinamente. En primer lugar aprehende nociones dispares, al azar y, espontáneamente va realizando asociaciones de imágenes e ideas. El niño aprende a distinguir. Mediante la imaginación se van formando grandes conjuntos ideológicos. La mente humana procede mediante imágenes aisladas y cuadros de

imágenes, luego conceptualiza, distingue, y asocia las ideas. En el plano sobrenatural del conocimiento afectivo y místico se dan también procesos de asociación y de conceptualización, ya que la gracia no destruye la naturaleza sino que la supone. El Espíritu de Dios ayuda a las almas a ver claro, a distinguir bien las nociones, a compararlas y a reunir las. Las primeras visiones de los profetas eran cuadros borrosos de imágenes y su sentido profundo se les ocultaba. En los místicos el Espíritu hace surgir las imágenes clave, sintéticas, que resumen su doctrina: el Castillo interior con sus moradas en Santa Teresa, la Montaña del Carmelo en San Juan de la Cruz, el simbolismo de las noches y de la Llama viva, etc. Lo que importa señalar es que el Espíritu de Dios se vale de todos los procedimientos de nuestra vida intelectual, de nuestro temperamento y de todos los rasgos característicos de nuestra personalidad. Esta primera fase lleva a la aprehensión de las esencias que es la clave conocimiento ulterior.

Segunda Fase: la intuición de los principios del orden sobrenatural. La segunda fase es un juicio valorativo frente a la Verdad. El don juzga sobre las esencias en cuanto a su naturaleza, a su existencia, en cuanto a sí misma, sus atributos y propiedades, sus cualidades, sus relaciones con los demás misterios de la fe y con todos los restantes seres del universo. **No razona, no saca conclusiones; su juicio ve.** Este juicio penetra las profundidades del ser creado o increado sin esfuerzo de razonamiento, por simple contacto con las realidades sensibles, evocadoras de los misterios revelados. Dios, presente en el alma, ilumina la inteligencia de los fieles acerca del sentido profundo de los misterios de la fe, que son los principios de la sabiduría cristiana.

Este juicio se hace del mismo modo que nuestros sentidos distinguen los colores o los sonidos. Del mismo modo que la vista puede captar una gama amplia de matices, ¿cuánto más no podrá la mirada del espíritu abarcar y juzgar todo un vasto panorama intelectual que va de lo creado a lo increado?

La actividad del don de inteligencia se polariza en la investigación, el descubrimiento, la penetración y la contemplación de la naturaleza íntima de las cosas. Penetra las esencias con una mirada sencilla, con una intuición de Amor. Es el don del descubrimiento y de las intuiciones primordiales de la fe. Es el don de los inventores, de los genios creadores. Y es la clave de todo nuestro conocimiento místico.

Inteligencia y fe

La fe abre nuestra alma a las puertas de lo sobrenatural. Pero todavía no es más que el primer contacto. Un conocimiento doble viene a enraizarse en esta virtud única de la fe: conocimiento científico y conocimiento místico. De ahí, la investigación sistemática de todos los documentos revelados, es la tarea de la ciencia teológica, que nos comunica una comprensión muy honda de los misterios de Dios. Pero hay otra forma de conocimiento, para quienes el Espíritu se les manifiesta, mediante luces de lo alto, el sentido de lo divino, llevándolas hacia una contemplación infusa de los misterios de fe. La fe adhiere; el don de inteligencia penetra en el interior de los misterios; el don de ciencia juzga por las causas creadas; el don de sabiduría por las causas increadas, divinas; el don de consejo, finalmente, hace descender estas altas iluminaciones de la contemplación al terreno de las aplicaciones prácticas.

El don de inteligencia hace la fe contemplativa, sabrosa y penetrante.

Alejandro Ferreirós